

mano paternal, ayudaba pródigamente a sus discípulos. Muchos le debemos favores invaluable. Pero lo que daba su mano derecha, no lo sabía su izquierda. Al dar demostraba al favorecido una gran consideración. Su dádiva era como un estímulo como un premio a méritos quizá inexistentes. Nada más difícil que la metodología de la caridad, y él sabía hacerla sin herir, porque con la dádiva entregaba su propio corazón.

Por cualquier aspecto que se considere a Monseñor Castro Silva, por cualquier faceta que se analice su obra de Rector Magnífico, de orador insigne, de escritor magistral, de sacerdote, de ciudadano, de miembro de familia, de amigo, de hombre íntegro en una palabra, llégase a la conclusión de que hace ya días ganó su pasaporte a la inmortalidad: la inmortalidad de la gloria humana y la inmortalidad de la gloria de Dios.

ANTONIO MORENO MOSQUERA

MONSEÑOR CASTRO SILVA, EL LIBERTADOR Y CERVANTES

El apremio de impostergables compromisos me impide escribir sobre Monseñor José Vicente Castro Silva, dentro de mis modestas posibilidades, algo digno de él. Por ello me limito a sus dos grandes amores terrenales, los que a mi parecer más polarizaron su predilección y sus investigaciones de humanista, historiador y filósofo: El Libertador y Miguel de Cervantes Saavedra. Las apreciaciones que teje en torno de ellos, coinciden en que vio en ambos, de manera ostensible, cómo la mano de Dios los moldeó, con singular dilección, para el logro de sus respectivos destinos.

Demostrarlo es fácil, pero llevaría tiempo y espacio de que lamentablemente no dispongo. Empero, así como las ciencias naturales nos enseñan que por la uña se deduce el férido a que pertenece, de igual modo, unas cuantas muestras del pensamiento de Monseñor Castro Silva sobre Bolívar y Cervantes, bastan para puntualizar el providencialismo en que el primero se moviliza, y el acendrado sentimiento religioso del segundo, aún en sus Novelas Ejemplares.

La oración cumbre de Monseñor Castro Silva, con el fondo andino de Bolívar, la pronunció en 1930, desde el púlpito de nuestra Basílica Primada y con motivo de la fecha que registra el primer centenario del fenecer, en San Pedro Alejandrino, de "divino sol caraqueño", como lo llamaba Valencia. Inicia su concepción providencialista del Padre de la Patria sosteniendo que Dios, con sus espléndidos dones, se esfuerza por aquilatar las preeminencias que hacen del hombre una imagen suya, pero que se detiene en algunos, con especial afecto, para que aparezcan ante el mundo como un ejemplar más cercano a su excelsitud divina, y afirma: "El Libertador fue, señaladamente, un valentísimo alarde de la magnificencia divina".

○ Sustenta este pensamiento dentro de su concepto providencia lista de la historia para llegar a una conclusión, que es corolario afortunado de una concepción filosófica del acontecer de los pueblos, igualmente afortunada. He aquí la almendra de su feliz pensar: "La perspicacia terrenal no hallará para enaltecer al Libertador otro medio que el consabido de ponerle en parangón con otros héroes; más la fe cristiana no se satisface mientras no reconozcamos en él un vestigio preclaro de los atributos de Dios. Vestigio que también es único, porque así como el trance de la independencia colombiana no fue repetición de ningún otro suceso, ni volverá a registrarse en los siglos de los siglos, así también tenía que ser sin ejemplo, sin semejanza y sin sucesor el hombre que Dios previno para que fuese alma y vida de aquella revolución extraordinaria". Dentro de ese razonar el Libertador aparece, para Monseñor Castro Silva, en la nebulosa cauda del imperialismo hispano, como el verdadero creador de "una constelación de pueblos libres".

En el terreno puramente histórico Monseñor Castro Silva demuestra que en virtud de ese mismo providencialismo libertario de Bolívar, sus momentos de ostentosa autoridad no fueron otra cosa que "la vehemente fiereza, el tesón apasionado con que los hombres enamorados de una idea ensayan hacerla prender y germinar sobre la tierra, aún cometiendo los errores inherentes a la falibilidad de la criatura humana". Las medidas tomadas por el Libertador para precaver la libertad que con tantos sacrificios heroicos había conquistado, le causaron los tremendos dolores que lo llevaron a la tumba después de haber confesado a su Creador y pronunciado palabras de perdón. Fue así, con los ojos fijos en la eternidad, como "la muerte lo puso en presencia del Hijo de Dios".

Así concluye Monseñor Castro Silva una de las más estremecidas, medulares y bellas de sus oraciones.

o O o

No le va en zaga el discurso que pronunciara al cumplirse el cuarto centenario del natalicio de Miguel de Cervantes Saavedra, de cuya memoria hizo un verdadero motivo religioso sin forzar situaciones ni realidades. El teólogo y el pensador se funden en un solo exégeta para familiarizarnos con el Cervantes fiel a la tradición de sus mayores, con la intención de su inmortal obra y

convencernos de la identidad que existe entre el "Príncipe de los Ingenios" con su héroe, como espejo de caballeros. El arte, aun en la novela, o en las tragedias de Esquilo y Shakespeare, o en el mundo ideal muy distinto, de Dante y Milton, no es incompatible con lo religioso. Así lo enseña Monseñor Castro Silva, con donosura y vertebrado argumentar. La médula de sus ideas al respecto no es difícil precisarla. Ensayemos: "La fe y el dogma cristianos —asienta—, por lo mismo que extienden su jurisdicción a la inmortalidad y emplaza en lo eterno sus realizaciones, le imprimen a los hechos humanos una trascendencia, y un alcance, y un misterio que acrecientan la capacidad que ya tienen de suyo para ser asunto de arte soberano".

Y no se crea que hace de Cervantes un escritor intencionadamente cristiano, sino que lo presenta como un creador en cuya obra el soplo religioso alienta hasta en lo aparentemente grotesco, por aquello que decía Santa Teresa: "Dios también anda en el puchero". Sin citarla, Monseñor Castro se identifica con la Santa de Avila al expresar, como vértice de su tesis: "La pluma que guiaba a Cervantes, la que un día colgó Cide Hamete de una espetera para que nadie lo menease, no escribió de la fe y de la religión que causan y multiplican prodigios en los confines del cielo y de la tierra, sino de la fe y religión que actúan en la brega y trajín cotidianos, que unas veces inspiran, otras sostienen y otras enmiendan los actos comunes, y que, acuñadas en máximas, proverbios y apotegmas populares, se confunden con el juicio de la recta razón y con la llaneza del buen sentido universal". Y remata con la sentencia del glorioso Manco: "No todo es farsa en la farsa, que haya algo divino en la vida que es verdad y es eterno, y que no puede acabar cuando la farsa acaba".

Se encumbra Monseñor Castro Silva como crítico, como sagaz captador de la sicología moderna al servicio de la exégesis, al ponernos ante los ojos el notable parentesco que une a Cervantes con don Alonso Quijano. Toma impulso en una frase consignada por el Propio Cervantes en el prólogo de Don Quijote: "En el mundo de la naturaleza cada cosa engendra su semejante". Y sigue arguyendo en estilo del siglo de Oro, remozado con léxico de actualidad: "Quiera o no quiera, todo autor se retrata en sus propias obras, pero no en todas es igual la semejanza, ni en todas se reconocen idénticas formas. Y aunque una cosa sea el

retrato y otra la caricatura, cuando es hábil el pincel, bajo la caricatura se descubre el perfecto retrato”.

Regresa el panegirista de Cervantes, ya en las frases últimas de su oración “a sus puras y bienaventuradas ideas”, para hacernos respirar el hálito religioso que circula a lo largo del Quijote y demás obras del genio sin par. Recuerda que el magro y gentil caballero, al final de sus días, cuando recobraba las entenderas, consciente de que se halla en el umbral de lo eterno, se expresa de esta guisa: “Los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza”.

Confieso que esta tesis no la había visto expuesta en ninguno de los comentaristas de Cervantes, lo cual, por sí solo, bastaría para ameritar a Monseñor Castro Silva, no ya como educador ejemplar o como orientador de juventudes, sino como crítico y ensayistas que hace honor, con estos juicios de inmarchitable frescura y renovada enseñanza, a nuestras letras y a cuantos pueblos hablan y escriben la armoniosa, flexible y dinámica lengua que de España heredamos.

LA EPOPEYA DEL FUEGO